

DOSSIER LITERARIO



WILLA CATHER 2023

1	MI ÁNTONIA	2
	Versión original: <i>My Ántonia</i>	4
2	LA MUERTE LLAMA AL ARZOBISPO	6
	Versión original: <i>Death comes for the archbishop</i>	7
3	MI ENEMIGO MORTAL	8
	Versión original: <i>My mortal enemy</i>	9
4	EL PUENTE DE ALEXANDER	10
	Versión original: <i>Alexander's bridge</i>	11
5	EL CASO DE PAUL	12
	Versión original: <i>Paul's case</i>	13

1. MI ÁNTONIA

A finales del mes de agosto, los Cutter se fueron a pasar unos días a Omaha, dejando a Ántonia al cuidado de la casa. Desde el escándalo de la chica sueca, Wick Cutter no conseguía mover a su esposa de Black Hawk si no la acompañaba él.

El día siguiente a su partida, Ántonia vino a vernos. La abuela advirtió que parecía preocupada y distraída.

—Algo te ronda por la cabeza, Ántonia —dijo con inquietud.

—Sí, señora Burden. Anoche apenas pude dormir. —Vaciló, y luego nos dijo que el señor Cutter se había portado de un modo muy extraño antes de irse. Había colocado toda la plata en una cesta, y ésta la había metido debajo de la cama de Ántonia, junto con una caja llena de documentos que, según le dijo, eran valiosos. Le hizo prometer que no dormiría fuera ningún día, ni volvería tarde por la noche mientras él estuviera ausente. Le prohibió terminantemente que pidiera a alguna de sus amigas que pasara la noche con ella. Estaría totalmente a salvo en la casa, le dijo, porque acababa de instalar una nueva cerradura Yale en la puerta principal.

Cutter había mostrado tal insistencia en estos detalles que Ántonia había acabado por ponerse nerviosa al pensar que estaba sola en la casa. No le había gustado que él entrara en la cocina una y otra vez para darle instrucciones, ni su manera de mirarla.

—Tengo la impresión de que está preparando otra de sus jugarretas y que intenta asustarme de algún modo.

La abuela receló enseguida.

—No creo que hagas bien en quedarte allí tal como estás. Supongo que tampoco sería correcto que dejaras la casa sola, después de haberte comprometido. Tal vez Jim querría irse allí a dormir y tú podrías venir aquí por la noche. Me sentiría más tranquila sabiendo que estás bajo mi techo. Supongo que Jim puede cuidar de la plata y de sus viejos recibos de usurero tan bien como tú.

Ántonia se volvió hacia mí con expresión anhelante.

—Oh, ¿lo harías, Jim? Te pondré sábanas limpias. Es una habitación muy fresca y la cama está junto a la ventana. Anoche no la abrí por miedo.

A mí me gustaba mi habitación y no me gustaba la casa de los Cutter bajo ninguna circunstancia, pero Tony parecía tan atribulada que consentí en probar. Descubrí que dormía allí tan bien como en cualquier otro lugar, y cuando volví a casa por la mañana me esperaba un succulento desayuno preparado por Tony.

Después de las oraciones de la mañana, se sentó a la mesa con nosotros y revivimos los viejos tiempos en la pradera.

La tercera noche que pasé en la casa de los Cutter me desperté inopinadamente con la sensación de que había oído una puerta al abrirse y cerrarse. Sin embargo, reinaba el silencio, y debí dormirme de nuevo inmediatamente.

De pronto noté que alguien se sentaba al borde de la cama. Yo sólo me desperté a medias, pero decidí que, quienquiera que fuese, podía llevarse la plata de Cutter. Tal vez, si yo seguía quieto, la encontraría y se iría con ella sin molestarme. Una mano se cerró suavemente sobre mi hombro, y al mismo tiempo noté algo peludo y con olor a colonia que me rozaba la cara. Aunque la habitación se hubiera inundado de repente de luz eléctrica, no habría visto con mayor claridad el detestable semblante barbudo que sin duda se inclinaba hacia mí.

(Willa Cather. *Mi Antonia*. Barcelona: Alba Minus, 2012. Libro 2, cap. XV. Trad.: Gema Moral Bartolomé)

Versión original

MY ANTONIA

Late in August the Cutters went to Omaha for a few days, leaving Antonia in charge of the house. Since the scandal about the Swedish girl, Wick Cutter could never get his wife to stir out of Black Hawk without him.

The day after the Cutters left, Antonia came over to see us. Grandmother noticed that she seemed troubled and distracted. "You've got something on your mind, Antonia," she said anxiously.

"Yes, Mrs. Burden. I couldn't sleep much last night." She hesitated, and then told us how strangely Mr. Cutter had behaved before he went away. He put all the silver in a basket and placed it under her bed, and with it a box of papers which he told her were valuable. He made her promise that she would not sleep away from the house, or be out late in the evening, while he was gone. He strictly forbade her to ask any of the girls she knew to stay with her at night. She would be perfectly safe, he said, as he had just put a new Yale lock on the front door.

Cutter had been so insistent in regard to these details that now she felt uncomfortable about staying there alone. She hadn't liked the way he kept coming into the kitchen to instruct her, or the way he looked at her. "I feel as if he is up to some of his tricks again, and is going to try to scare me, somehow."

Grandmother was apprehensive at once. "I don't think it's right for you to stay there, feeling that way. I suppose it wouldn't be right for you to leave the place alone, either, after giving your word. Maybe Jim would be willing to go over there and sleep, and you could come here nights. I'd feel safer, knowing you were under my own roof. I guess Jim could take care of their silver and old usury notes as well as you could."

Antonia turned to me eagerly. "Oh, would you, Jim? I'd make up my bed nice and fresh for you. It's a real cool room, and the bed's right next the window. I was afraid to leave the window open last night."

I liked my own room, and I didn't like the Cutters' house under any circumstances; but Tony looked so troubled that I consented to try this arrangement. I found that I slept there as well as anywhere, and when I got home in the morning, Tony had a good breakfast waiting for me. After prayers she sat down at the table with us, and it was like old times in the country.

The third night I spent at the Cutters', I awoke suddenly with the impression that I had heard a door open and shut. Everything was still, however, and I must have gone to sleep again immediately.

The next thing I knew, I felt someone sit down on the edge of the bed. I was only half awake, but I decided that he might take the Cutters' silver, whoever he was. Perhaps if I did not move, he would find it and get out without troubling me. I held my breath and lay absolutely still. A hand closed softly on my shoulder, and at the same moment I felt something hairy and cologne-scented brushing my face. If the room had suddenly been flooded with electric light, I couldn't have seen more clearly the detestable bearded countenance that I knew was bending over me.

(Willa Cather. *My Ántonia*. Mineola (NY): Dover, 2011 [1918]. Book 2, chpt. XV)

2. LA MUERTE LLAMA AL ARZOBISPO

El Obispo percibió una rápida y limpia sensación de placer al contemplarlo. En cuanto uno le tenía enfrente, vistiendo esas ropas de piel de gamo, descubría en él una identidad de normas, de leyes y de principios, difícilmente transmisible por la palabra, pero que instantáneamente identifica a dos hombres que se rigen por ellas, al encontrarse por azar en cualquier sitio. Aceptó, pues, la mano que le tendía el explorador.

– Hace mucho que deseaba conocer a Kit Carson –le dijo. Aun antes de venir a Nuevo Méjico. Todo este último tiempo he estado esperando que me visitara en Santa Fe.

El otro sonrió.

– Soy muy tímido, señor, y siempre temo decepcionar. Pero creo que de ahora en adelante todo irá bien.

Ese fue el comienzo de una larga amistad.

En el viaje de regreso hacia el rancho de Carson, Magdalena fue confiada al cuidado del Padre Vaillant, mientras el Obispo y el explorador cabalgaban a su zaga. Carson declaró que se había convertido en católico por cumplir meramente un rito, como ocurre con todos los americanos que se casan con alguna mejicana. Su esposa era una mujer muy buena y muy devota. Pero él siempre había considerado la religión como cosa de mujeres, hasta el último viaje que realizara a California. Allí, al enfermar, fue atendido por los padres de una de las misiones.

– Entonces comencé a ver las cosas desde otro aspecto y pensé que algún día podía llegar a ser un católico ferviente. A mí se me había educado dándoseme a entender que los curas eran unos pillos y las monjas unas malas mujeres... Eso es lo que os decir [sic] siempre en Misuri. Y en verdad una gran parte de los curas nativos confirman esa opinión. Nuestro Padre Martínez, en Taos, es un viejo bribón como hay pocos. No hay casi pueblo de los alrededores donde no exista un hijo o un nieto suyo. En cuanto al Padre Lucero, de Arroyo Hondo, es un avaro. Les quita todo lo que puede a los pobres que desean tener un entierro cristiano.

(Willa Cather. *La muerte viene hacia el arzobispo*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1989. Libro 2, cap. II, p. 66-67. Trad.: Carlos Iturra)

Versión original

DEATH COMES FOR THE ARCHBISHOP

The Bishop felt a quick glow of pleasure in looking at the man. As he stood there in his buckskin clothes one felt in him standards, loyalties, a code which is not easily put into words, but which is instantly felt when two men who live by it come together by chance. He took the scout's hand. "I have long wanted to meet Kit Carson," he said, "even before I came to New Mexico. I have been hoping you would pay me a visit at Santa Fé."

The other smiled. "I'm right shy, sir, and I'm always afraid of being disappointed. But I guess it will be all right from now on."

This was the beginning of a long friendship.

On their ride back to Carson's ranch, Magdalena was put in Father Vaillant's care, and the Bishop and the scout rode together. Carson said he had become a Catholic merely as a matter of form, as Americans usually did when they married a Mexican girl. His wife was a good woman and very devout; but religion had seemed to him pretty much a woman's affair until his last trip to California. He had been sick out there, and the Fathers at one of the missions took care of him. "I began to see things different, and thought I might some day be a Catholic in earnest. I was brought up to think priests were rascals, and that the nuns were bad women—all the stuff they talk back in Missouri. A good many of the native priests here bear out that story. Our Padre Martinez, at Taos is an old scapegrace, if ever there was one; he's got children and grandchildren in almost every settlement around here. And Padre Lucero at Arroyo Hondo is a miser, takes everything a poor man's got to give him a Christian burial."

(Willa Cather. *Death comes for the archbishop*. London: William Heinemann, 1927. Book 2, chapter XV)

3. MI ENEMIGO MORTAL

Una cálida tarde de sábado, a principios de abril, fuimos a dar un paseo a lo largo de la costa. Había alquilado un coche bajo con un amable cochero negro. Apoyándose en su brazo y en el mío, la señora Henshawe consiguió llegar a la calle. Parecía mucho más vieja y enferma con el abrigo negro de paño fino y el vestido negro de tafetán, que en otro tiempo habían sido elegantes. Cogimos también sus pieles y una vieja manta de viaje. Era un hermoso y apacible día de primavera. Desgraciadamente, la carretera tenía un trazado sinuoso que se adentraba en el interior. Por fin llegamos a un promontorio pelado, en el que sólo había un viejo árbol retorcido y el mar a sus pies.

—¡Fíjate, Nellie —exclamó Myra—, es como el acantilado de El rey Lear! ¡Es el acantilado de Gloucester, eso es! ¿No podríamos quedarnos aquí? Creo que este amable señor de color me instalaría bajo ese árbol de ahí y volvería más tarde a buscarnos.

(Willa Cather. *Mi enemigo mortal*. Barcelona: Alba Minus, 2012. Parte 2, cap. II.
Trad.: Gema Moral Bartolomé)

Versión original

MY MORTAL ENEMY

One warm Saturday afternoon, early in April, we went for a drive along the shore. I had hired a low carriage with a kindly Negro driver. Supported on his arm and mine, Mrs. Henshawe managed to get downstairs. She looked much older and more ill in her black broadcloth coat and a black taffeta hat that had once been smart. We took with us her furs and an old steamer blanket. It was a beautiful, soft spring day. The road, unfortunately, kept winding away from the sea. At last we came out on a bare headland, with only one old twisted tree upon it, and the sea beneath.

"Why, Nellie!" she exclaimed, "it's like the cliff in *Lear*, Gloucester's cliff, so it is! Can't we stay here? I believe this nice darkey man would fix me up under the tree there and come back for us later."

(Willa Cather. *My mortal enemy*. New York: Alfred A. Knopf, 1926. Part 2, chapter II)

4. EL PUENTE DE ALEXANDER

—Cuanto me interesa oírle formularlo así. Los puentes hacia el futuro... a menudo me digo lo mismo. Los puentes de Bartley siempre me han parecido eso. ¿Ha visto alguna vez su primer puente colgante en Canadá, el que estaba construyendo cuando le conocí? Espero que tenga ocasión de verlo alguna vez. Nos casamos nada más terminarlo, y se reirá usted si le digo que siempre le veo un no sé qué de nupcial. Cruza un río muy revuelto, siempre rodeado de nubes y neblinas, y es tan delicado como una tela de araña colgando del cielo. Sin duda, fue un puente hacia el futuro. Basta con verlo para tener la sensación de que era el principio de una gran carrera. Espere, tengo una fotografía. — Sacó una carpeta de detrás de un estante—. Y aquí, en lo alto de la colina, está la casa de mi tía.

Wilson cogió la fotografía.

—Bartley me habló un poco de su tía anoche. Debió de ser una persona encantadora.

Winifred se rió.

—El puente, como ve, estaba justo al pie de la colina, y el ruido de las máquinas al principio le molestaba. Pero cuando conoció a Bartley fingió que le gustaba, y dijo que era bueno que le recordasen que había cosas en marcha en el mundo.

(Willa Cather. *El puente de Alexander*. Barcelona: Alba, 2019. Cap. I. Trad.: Miguel Temprano García)

Versión original

ALEXANDER'S BRIDGE

“How interested I am to hear you put it in that way. The bridges into the future—I often say that to myself. Bartley’s bridges always seem to me like that. Have you ever seen his first suspension bridge in Canada, the one he was doing when I first knew him? I hope you will see it sometime. We were married as soon as it was finished, and you will laugh when I tell you that it always has a rather bridal look to me. It is over the wildest river, with mists and clouds always battling about it, and it is as delicate as a cobweb hanging in the sky. It really was a bridge into the future. You have only to look at it to feel that it meant the beginning of a great career. But I have a photograph of it here.” She drew a portfolio from behind a bookcase. “And there, you see, on the hill, is my aunt’s house.”

Wilson took up the photograph. “Bartley was telling me something about your aunt last night. She must have been a delightful person.”

Winifred laughed. “The bridge, you see, was just at the foot of the hill, and the noise of the engines annoyed her very much at first. But after she met Bartley she pretended to like it, and said it was a good thing to be reminded that there were things going on in the world.

(Willa Cather. *Alexander's Bridge*. Boston: Houghton Mifflin, 1912. Chapter II)

5. EL CASO DE PAUL

Sus profesores creyeron esa tarde que toda su actitud quedaba simbolizada en su forma de encogerse de hombros y en el clavel impertinente rojo, y se abalanzaron sobre él sin piedad, con la profesora de lengua encabezando la jauría. Él aguantó sonriendo, los pálidos labios separados sobre la dentadura blanca. (Torcía continuamente los labios, y tenía la costumbre de arquear las cejas, lo cual era irritante y despectivo en sumo grado.) Chicos mayores que Paul se habrían derrumbado y vertido lágrimas bajo ese bautismo de fuego, pero a él no le abandonó ni una sola vez su sonrisa fija, y las únicas muestras de su incomodidad fueron el nervioso temblor de sus dedos al jugar con los botones del abrigo y de vez en cuando una sacudida de la otra mano con que sostenía el sombrero. Paul siempre sonreía, siempre miraba en derredor, dando la impresión de creer que podían estar vigilándolo y tratando de detectar algo. Esa expresión consciente, como no podía distar más de la alegría infantil, solía atribuirse a su insolencia o “viveza”.

En el transcurso de la investigación, una de las profesoras repitió un comentario impertinente del chico, y el director le preguntó si le parecía que era cortés hablar de ese modo a una mujer. Paul se encogió ligeramente de hombros e hizo un tic con las cejas.

—No lo sé —replicó—. No era mi intención ser educado o maleducado. Supongo que es mi manera de decir las cosas, pase lo que pase.

El director, que era un hombre comprensivo, le preguntó si no creía que había una manera de deshacerse de ella. Paul sonrió y dijo que suponía que sí. Cuando se le dijo que podía marcharse, hizo una graciosa reverencia y salió. Su reverencia no fue sino una réplica del escandaloso clavel rojo.

(Willa Cather. *El caso de Paul*. Madrid: Nórdica, 2015. Cap. 1. Trad.: Aurora Echevarría)

Versión original

PAUL'S CASE

His teachers felt, this afternoon, that his whole attitude was symbolized by his shrug and his flippantly red carnation flower, and they fell upon him without mercy. He stood through it, smiling, his pale lips parted over his white teeth. (His lips were continually twitching, and he had a habit of raising his eyebrows that was contemptuous and irritating to the last degree.) Older boys than Paul had broken down and shed tears under that baptism of fire, but his set smile did not once desert him, and his only sign of discomfort was the nervous trembling of the fingers that toyed with the buttons of his overcoat, and an occasional jerking of the other hand that held his hat. Paul was always smiling, always glancing about him, seeming to feel that people might be watching him and trying to detect something. This conscious expression, since it was as far as possible from boyish mirthfulness, was usually attributed to insolence or "smartness."

As the inquisition proceeded, one of his instructors repeated an impertinent remark of the boy's, and the principal asked him whether he thought that a courteous speech to have made a woman. Paul shrugged his shoulders slightly and his eyebrows twitched.

"I don't know," he replied. "I didn't mean to be polite, or impolite, either. I guess it's a sort of way I have of saying things, regardless."

The principal, who was a sympathetic man, asked him whether he didn't think that a way it would be well to get rid of. Paul grinned and said he guessed so. When he was told that he could go, he bowed gracefully and went out. His bow was but a repetition of the scandalous red carnation.

(Willa Sibert Cather. "Paul's case. A study in temperament". *McClure's Magazine*, 25. May 1905, p. 74-75)